

Fraternidad San José
Retiro de Cuaresma
20-21 febrero 2021 – Conexión por video
Sábado

Música: *Franz Schubert, Sonata per arpeggione e pianoforte D 821*
“Cada uno de nosotros está hecho para que lo que Dios le pide a su vida-vida como vocación-llegue a alcanzar una perfección de armonía y melodía. ¿De dónde pueden nacer la alegría si no de esta obediencia? Porque la armonía es una obediencia. Quien reconoce para que está hecho, quien desea la perfección de su vida, la pide, la sigue, la obedece”

Don Michele Berchi.

“nosotros vivimos mejor el pueblo entero de la Iglesia en tanto en cuanto somos fieles a nuestro camino, es más, a nuestro Carisma, como por así decir, a nuestra personalidad que ha sido impregnada por el Espíritu, a la fisonomía personal que Dios nos ha dado en cuanto que se expresa en su plan eterno. Sustraernos a la forma de enseñanza a la cual hemos sido confiados, es el primer paso hacia el cansancio, el aburrimiento, la confusión, la distracción e incluso la desesperación.”

He querido empezar con este párrafo fundamental de la Escuela de Comunidad porque nosotros conocemos muy bien estas experiencias: el aburrimiento, la confusión, la distracción e incluso la desesperación en determinados momentos, sabemos que los tenemos muy a mano en determinados momentos e incluso durante días enteros. Por eso estamos aquí, para que la fidelidad y la obediencia a la caridad que el Señor ha tenido y sigue teniendo con nosotros, al habernos impregnado con el Espíritu, al habernos regalado participar del carisma de don Giussani, se renueven, resuciten en nosotros. Pero todo lo que podemos hacer nosotros es pedir aquello que por gracia y misericordia nos dona el Señor. Pedir quiere decir ponerse en esa posición de pobreza y espera que permite que el Señor continúe Su obra en nosotros. Empezamos este gesto pidiendo el Espíritu, porque sin este don -que tomó y fascinó la vida de don Giussani y la nuestra con él, a través de él- no podemos hacer nada

Cantos: *Non son sincera*
Liberazione n. 2

Don Michele

uy queridos, siento -por una parte- un poco de sufrimiento, porque encontrarnos haciendo estos ejercicios teniendo delante algunos recuadros en vez de estar juntos es un sacrificio que se nos pide y lo es para todos, pero por otra parte, si miro el número, somos casi 500 personas, es una ocasión única pensar que la Fraternidad San José del mundo entero puede hacer en este momento un gesto único, unido, en comunión. Por lo tanto por una parte es un sacrificio, pero por otra quizá vale la pena. De todas maneras es lo que se nos pide. Estos retiros, os lo digo con gran alegría, los va a predicar un muy querido amigo, Monseñor Giovanni Mosciatti, obispo de Imola. No podemos dar nada por supuesto. Os recuerdo que hace un año no hicimos los

ejercicios de Cuaresma, y sin embargo este año estamos aquí. Lo digo para que podamos renovar verdaderamente nuestra gratitud al Señor por esta ocasión, y mi gratitud a Monseñor Giovanni. La verdad es que somos amigos desde el seminario: compartimos la misma habitación durante tres o cuatro años. De verdad te doy las gracias con mucha gratitud por haber aceptado, porque un Obispo tiene mucho que hacer en este tiempo, así que tu presencia con nosotros es un gran regalo.

Mons. Giovanni Mosciatti

Os agradezco de verdad que me lo hayáis pedido, porque para mí es una ocasión.

1. Convertirse, es decir recuperar continuamente la fe.

Empezamos el camino de la Cuaresma. Es una invitación que nace del corazón de Dios, que nos suplica: “volved a mí con todo el corazón” (GL 2,12). Volved a mí. La Cuaresma es el viaje de vuelta a Dios. Volved a mí, con todo el corazón. La Cuaresma es precisamente el camino que involucra toda nuestra vida, todo nuestro ser. Es el tiempo para verificar el camino que estamos recorriendo, para volver a encontrar el camino que nos vuelve a llevar a casa, para volver a descubrir el vínculo fundamental con el Señor, del que depende todo. El camino de la Cuaresma es un éxodo, es un éxodo desde la esclavitud a la libertad. Cuarenta días que nos recuerdan los cuarenta años durante los cuales el pueblo de Dios viajó por el desierto para volver a su tierra de origen. Siempre, durante el camino, aparecía la tentación de lamentarse, de darse la vuelta, de volver a los recuerdos del pasado, o a cualquier ídolo. También es así para nosotros. Si miramos al hijo pródigo comprendemos que es también para nosotros el momento para volver al Padre. Lo mismo que aquel hijo, también nosotros hemos olvidado la casa, hemos dilapidado preciosos bienes por nada y nos hemos quedado con las manos vacías y el corazón descontento. Es el perdón del Padre lo que nos vuelve a acoger.

“Recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás” estas palabras, que acompañan el rito de la imposición de la ceniza, con el que se abre la Cuaresma, son un reclamo realista a lo que somos: la ceniza en la cabeza nos recuerda que somos polvo y que volveremos a ser polvo. Hablando humanamente, estamos destinados a la nada. ¿Entonces qué nos arranca de la nada? Sobre esta nada, sobre nuestro polvo, Dios ha insuflado Su Espíritu de vida. Por eso no podemos vivir siguiendo el polvo, yendo detrás de algo que hoy está y mañana se desvanece.

La respuesta a qué es lo que nos arranca de la nada viene indicada por la otra fórmula que se propone en el rito de la ceniza: *“Convertíos, y creed en el Evangelio”* nuestra única verdadera posibilidad es encontrar consistencia en Cristo, mirarlo a Él, es decir convertirnos.

Precisamente el contenido sintético del camino entero cuaresmal, es más, de la vida entera, es la conversión. ¿Qué significa conversión? Convertirse es recuperar continuamente la fe, y la fe es reconocer un hecho, el hecho que ha sucedido, el gran acontecimiento que permanece entre nosotros. ¿Quién tenía fe hace 2000 años? Aquellos, ya fueran pocos o muchos, que reconocían la presencia de Algo grande, sobrenatural en aquel hombre.

Algo que no se veía como lo veían a Él, pero que estaba verdaderamente en Él, porque -como le dijo Nicodemo a Jesús- “nadie sabe hablar ni decir las cosas que Tú dices y haces, si Dios no está con él”.

Por lo tanto, recuperar la fe quiere decir recuperar continuamente la conciencia y la adhesión al misterio que está entre nosotros, al acontecimiento que está en nosotros y entre nosotros: en cada uno de nosotros, por el Bautismo; entre nosotros, por lo tanto, como parte de la Iglesia de Dios. Si verdaderamente esta conversión llega a ser el proyecto de nuestra vida, entonces estaremos en mejores condiciones para estar preparados, disponibles y capacitados para todas las tareas que día a día nos pedirá

la historia. Recuperar continuamente la fe quiere decir recuperar la fe como inteligencia y como obediencia. Si, estas dos dimensiones de la fe -inteligencia y obediencia- son lo que tenemos que mirar con atención.

Empezamos por la primera. Es la inteligencia la que reconoce el acontecimiento que está dentro de mí y entre vosotros, entre nosotros. De hecho, la fe es un gesto de la inteligencia, pero de una inteligencia más profunda y mayor que la inteligencia de la razón natural, porque penetra hasta el nivel en el que las cosas asumen su consistencia y su significado. Recuperar la fe como inteligencia quiere decir un reconocimiento continuo del hecho que está entre nosotros. Esta nueva autoconciencia es verdaderamente otra manera de percibirse a sí mismo, otra manera de percibir la presencia del otro, quien es el otro y cuál es mi relación con él. Todos nosotros somos una sola cosa, de manera que sois cada uno miembros del otro: por lo tanto llevad los unos el peso de los otros. Hasta que esto no llega a ser el proyecto de cada mañana, el programa de cada día, ¿qué es lo que estamos haciendo en el mundo? nuestra posición frente al mundo se convierte enseguida en un discurso entre otros, una ideología entre otras y una enésima ilusión echada a la cara del hombre.

La segunda palabra que usó don Giussani para referirse a la conversión, la continua recuperación de la fe, es "obediencia". Por lo tanto no se trata sólo de la Fe como inteligencia, de la percepción de la novedad que está dentro de nosotros y entre nosotros, sino también como obediencia a esta realidad reconocida, percibida, en nosotros y entre nosotros, a la unidad con el misterio de Cristo, que soy yo y sois vosotros, a esta unidad entre vosotros y yo.

Preguntémonos ahora: ¿cómo se verifica que la fe como reconocimiento, como inteligencia de la novedad que hay en nosotros y entre nosotros y como obediencia a esta realidad reconocida a nuestra unidad en aquel hombre, Cristo, es real en ti y en mí? ¿Entonces, cuál es la verificación de la conversión? Dicha verificación es una humanidad nueva, anticipo de la felicidad final. Una humanidad nueva, distinta, más verdadera, más completa, más deseable, es el único "consejo" que puede abrir una brecha en nuestra conciencia de hombres, de hombres contemporáneos, lo único que podemos sentir como una invitación que nos fascina y libera. Esto sirve para tu vida familiar, con tu mujer, con tu marido, con tus hijos, sirve para la relación con la gente con la que trabajas, sirve para la relación que deberías tener con cada persona que te encuentras, para cualquier acontecimiento que suceda tanto en la prosperidad como en la adversidad, de manera que seamos humildes en la prosperidad y en la adversidad estemos igualmente seguros. Una humanidad nueva, un anticipo de la felicidad final, por lo tanto es otra manera de concebir las cosas, una conciencia nueva, una verdadera mirada sobre la realidad. Este es el premio, es decir, a lo que nos lleva la conversión de la que hemos hablado. (L. Giussani, cit. in J. Carrón, *Un brillo...*, pg. 93...).

2. La tentación: cambiar el método

Una vez que ha sucedido el encuentro, después de haber hecho experiencia de una humanidad diferente, en la que hemos reconocido la presencia de Cristo aquí y ahora y habiendo comenzado a ver los frutos en nuestra vida, nos puede parecer que ya hemos llegado y por lo tanto que podemos dejar de caminar. Pero las cosas no son así: el encuentro es el continuo abrirse de un camino que no puede dejar de ser recorrido. Se convierte en el punto de partida de un camino, de una búsqueda, de un trabajo que no es una posesión, sino el trabajo de un deseo que nunca dejaremos de aprender. En cuanto nos paramos creyendo que ya poseemos lo que se nos ha dado, nuestras jornadas se ven invadidas por la pesadez y la aridez y nos encontramos con la hierba seca entre manos. Vemos otra vez cómo la nada se infiltra en el tejido de

nuestro tiempo. Y nos sorprende, nos desilusiona. La conversión es un camino, un camino que dura toda la vida. Por eso la fe es una evolución siempre, es maduración del alma hacia la verdad, que es más íntima de lo que lo somos nosotros a nosotros mismos. El encuentro con Cristo abre un camino, que no se termina nunca de recorrer. (J. Ratzinger, cit. in J. Carrón *Un brillo...*, p. 83).

La evidencia de que la conversión es un camino que dura toda la vida y que la fe está siempre en evolución, puede llevarnos a ceder, casi sin darnos cuenta, a una tentación: cambiar el método, es decir sustituir el encuentro con otras cosas frente a la vida, a su urgencia, a sus desafíos personales y sociales. Es decir, la tentación es dar por supuesto el acontecimiento, dar por supuesta la fe y apuntar hacia algo distinto: buscamos el cumplimiento de nuestra vida en otro lugar y no en el acontecimiento que nos ha atraído. Por eso en la Escuela de Comunidad Giussani dice: *“Acontecimiento es [...] la palabra más difícilmente aceptable y comprensible por la mentalidad moderna y por lo tanto también por cada uno de nosotros . Lo más difícil de aceptar es que sea un acontecimiento lo que nos despierta a nosotros mismos, a la verdad en nuestra vida, a nuestro destino, a la esperanza, a la moralidad.”* Por lo tanto terminamos buscando refugio y apoyo en algo que pensamos y hacemos nosotros, que según nuestro criterio sería más capaz de terminar con la nada que nos circunda y que se insinúa en nosotros.

Pero ¿por qué decaemos y, después de la fascinación inicial, nos encontramos sumergidos en una lucha que a veces nos derrota? ¿Por qué este cambio de método? Sobre todo hace falta reconocer que estamos inmersos en una realidad mundana que es contraria a lo que nos ha sucedido y por eso a menudo en vez de dirigirnos hacia el encuentro vivido, miramos lo que a nosotros nos parece más controlable por nosotros y por lo tanto más posible que se realice. ¿Cómo hacemos para no sucumbir? Es sólo gracias a la concreta y continua presencia del Misterio hecho carne, que se hace experimentable a través de una realidad cristiana viva. Ahora bien, si es verdad que sin una vinculación presente con la compañía constante de Cristo, a través de rostros humanos de los que Él se sirve, es difícil, sino imposible no sucumbir a la mentalidad que nos circunda, todo ello no garantiza automáticamente el riesgo de no ceder, de sustituir con otra cosa el acontecimiento encontrado, de poner en algo distinto la propia esperanza, de volver a imaginar el camino de la plenitud partiendo de nuestros propios recursos.

Al dar por supuesto el manantial, el acontecimiento sucedido se transforma en un a priori que metemos en un cajón; damos por supuesto el acontecimiento y después afrontamos la realidad partiendo de proyectos propios e interpretaciones. El acontecimiento sobrevive como una categoría que sabemos e incluso utilizamos, pero no como raíz vital de conocimiento y acción. No nos movemos según el acontecimiento cristiano ni esperamos de ello la satisfacción, es decir la correspondencia a las exigencias originales del corazón: se busca la satisfacción en las propias realizaciones, en la propia capacidad de construcción, en una afirmación propia y es así como sucede el cambio de método del que hablábamos. Resumiendo, es la prevalencia de la búsqueda de una expresividad propia en detrimento del acontecimiento que ha entrado en la vida y que se ha revelado como el origen de una novedad humana, de una inteligencia y de un afecto nuevo.

¿Cuál es la raíz del problema? Don Giussani responde sin titubear: *“la afirmación de uno mismo como objetivo y horizonte último de la acción en detrimento del acontecimiento que ha entrado en nuestra vida. El valor que buscamos yendo a la iglesia o batallando en una fábrica, en la escuela o en la universidad, lo mismo si estamos solos que estando juntos, es la afirmación de uno mismo según el aspecto que nos interese (ya sea el afecto, el gusto por la curiosidad cultural, una cierta habilidad que se quiere desarrollar, la pasión social o política)”*. Resumiendo, el valor que estamos buscando está definido por la necesidad y la pretensión, por el ansia de una afirmación de nosotros mismos según lo que nos interesa, según aquello que sentimos como interesante para nosotros.

¿Cuáles son las consecuencias? Las vemos siempre en delante de nosotros.

-Tendemos a algo concreto que, desligado del todo, lo identificamos como el objetivo de la vida;

-después nos damos cuenta de que, aunque nos empeñemos, la insatisfacción aumenta, lo cual es una señal clamorosa;

-la realidad pierde su misterio: ya no hay sorpresa por lo que sucede, el único entusiasmo que permanece es el de tener razón y entonces la vida se convierte en una burbuja sofocante.

¿Cuál es la alternativa? *“No es expresión de uno mismo, sino conversión de uno mismo”* (L. Giussani, cit. in ibídem, p. 93). Es la conversión al acontecimiento de Cristo lo que asegura el premio, el céntuplo aquí en todos los sentidos, incluso como incidencia histórica, no la pretensión de un proyecto propio, la búsqueda afanosa de una expresividad propia, de la afirmación de uno mismo.

Aquí está precisamente el punto resbaladizo: la fe, el encuentro, que nos parece demasiado frágil y no nos parece que sea suficiente para obtener la satisfacción y la incidencia que deseamos, a la que aspiramos, tal y como la imaginamos, así que dejamos atrás el acontecimiento y apuntamos a nuestra iniciativa. Pero, si Dios, el significado de todo, se ha hecho hombre y este acontecimiento permanece en la historia, es contemporáneo en la vida de cada uno de nosotros, para el hombre que lo reconoce todo debería girar en torno a ello. Cristo tiene que ver con toda la vida y con todos sus aspectos concretos. Esto quiere decir que la mirada a cada aspecto particular de la realidad, a cada pliegue de la existencia, está definido por aquel encuentro. Se puede vivir todo con una intensidad y una dignidad inesperadas, incluso cuando uno se encuentra en una situación angustiosa.

Sin embargo, el pensamiento que domina en nosotros es un cierto escepticismo sobre la incidencia del encuentro y de la fe, sobre la eficacia de la iniciativa del Misterio en el mundo. Dado este escepticismo, entonces preferimos nuestros proyectos, nuestra actividad. No negamos a Cristo explícitamente, pero lo dejamos en el tabernáculo, en la vitrina de las promesas. Por eso Giussani nos invita una conversión personal y colectiva.

La conversión es recuperar continuamente la fe, y la fe es reconocer un hecho, el hecho que ha sucedido, el gran acontecimiento que permanece entre nosotros. ¿Quién tenía fe hace 2000 años? Aquellos que, ya fueran pocos o muchos, reconocían en aquel hombre la presencia de algo grande, sobrenatural. Algo que no se veía como lo veían a Él, pero que evidentemente estaba en Él, porque “nadie sabe hablar ni hacer las cosas que Tú dices y haces, si Dios no está con Él” “le decía Nicodemo a Jesús. Por lo tanto, recuperar la fe significa recuperar continuamente la conciencia y la adhesión al Misterio que está entre nosotros, al acontecimiento que está en nosotros y entre nosotros.

3. El cambio: nuestra vida depende de Otro

El primer cambio de ángulo que comporta la conversión coincide con *“la conciencia de que nuestra vida depende de Otro y ¡está en función de Otro!”*; *“La conciencia de que nosotros somos ‘de’ Algo más grande, somos ‘del’ Padre”* (L. Giussani, cit. in ibídem, pg. 104 e 105). Nuestra vida, cuando nos levantamos por la mañana y tomamos el café, cuando nos remangamos para ordenar las cosas de casa, al ir al trabajar, sea el trabajo que sea, nuestra vida depende de otra cosa, mayor, irremediabilmente mayor, está en función de ella .

“Padre”, esta es la gran palabra. Es precisamente esto, lo decisivo de la referencia al Padre, lo que intuyó el apóstol Felipe confusamente cuando, justo una hora antes de que Cristo fuera apresado, le dijo: *“muéstranos al Padre y nos basta”*. El Padre es el horizonte de todo, la raíz de todo. Toda nuestra vida está en función de Él, es propiedad de Él. *“Felipe, hace tanto que estoy con vosotros ¿y no me conoces? Quien*

me ha visto a mi ha visto al Padre". Éste es el origen de la ternura y del asombro sin fin ya que es en el Hijo en quien se hace familiar el misterio del Padre al que pertenecemos.

¿Qué camino ha elegido el Padre para introducirnos en la relación profunda y familiar con Él? Ha enviado a su Hijo, haciendo que sea una presencia que podemos interceptar entre nosotros, de manera que en el Hijo hecho hombre por obra del Espíritu Santo podamos "ver" cuál es la relación de intimidad con Él a la que somos llamados y qué novedad se insinúa en la forma de mirar y tratar todas las cosas. Para Cristo cada gesto, cada palabra, cada mirada estaba impregnada, plasmada por la conciencia del Padre, documentaba la conciencia del Padre. Es tan verdadero que pudo decir: *"Yo y el Padre somos uno"* (JN 10,30). Es con la experiencia de Cristo con la que estamos llamados a confrontarnos, a identificarnos, es la que tenemos que mirar. Si ahora nos parara alguien por la calle mientras vamos andando y nos preguntara: ¿de qué está llena tu conciencia en este momento? ¿Qué responderíamos? No consiste en repetir determinadas palabras, sino de reconocer de verdad de qué está llena nuestra conciencia durante nuestra vida.

¿Qué quiere decir tener conciencia del Padre? El Padre es el como origen de todo. La conciencia de que nuestra vida depende de Otro coincide con vivir la realidad como proveniente del Misterio, acogiendo toda la realidad como acontecimiento: *"todo puede ser vivido como acontecimiento, en cuanto que procede ahora -en última instancia- del Misterio"* (J. Carrón, *Un Brillo...*, p. 110).

¿Qué interés tiene para nosotros esta manera de vivir la vida de Cristo, como hombre, en relación con el Padre? En Cristo se ha hecho familiar esa manera de relacionarse con el ser que corresponde al corazón, que satisface, cumple, no desilusiona. Esto es para lo que hemos sido hechos. Reconocer la realidad como procedente del Misterio tendría que ser familiar para la razón, porque es precisamente al reconocer la realidad tal y como es, como Dios la ha querido, y no reducida, achatada, sin profundidad, cuando encuentran correspondencia las exigencias del "corazón", y se realiza hasta el final la posibilidad de razón y de afecto que somos. Reconocer la realidad como proveniente del Misterio no es una ilusión, un auto convencimiento, sino el culmen de un uso verdadero de la razón y del afecto. Reconocer la realidad como signo del Misterio está al alcance de todos, como nos recuerda San Pablo. Sin embargo para nosotros no es una experiencia habitual. Es más, para nosotros es más habitual otra manera de relacionarnos con la realidad, que da por supuesta su existencia. Es muy difícil no permanecer sorprendidos y atraídos por la mirada que tenía Jesús sobre la realidad, según describe el Evangelio. Para Él todo es un acontecimiento. Él revela un modo de vivir la realidad que no la achanta, no la reduce, hace carne y testimonia una relación verdadera, entera, con cada aspecto de la realidad. ¿Qué era lo que le permitía vivir la realidad con esa intensidad? Su relación con el Padre. Esto hacía que viviera todo con una intensidad y una densidad sin precedentes. Nada lo enganchaba tanto como el Padre: *"Yo y el Padre somos uno"*. Ni siquiera el mal que sufría conseguía separarlo del Padre. Es más, es ahí precisamente donde se ve toda la densidad de su relación con el Padre, que le lleva a fiarse más allá de cualquier medida. Es aquí donde está la raíz de la victoria de Cristo sobre la nada. La manera de vivir del Hijo es la victoria sobre la nada.

Nos conviene aprender la mirada de Cristo sobre la realidad, porque si el hombre no mira el mundo como "dato", como acontecimiento, partiendo del gesto contemporáneo de que Dios se lo da, pierde toda su fuerza de atracción, de sorpresa y de sugerencia moral, es decir, sugerencia para adherirse a un orden y a un destino de las cosas. Sin embargo, cuando la realidad es reconocida como acontecimiento, originada del Misterio, se produce una intensidad sin precedentes en la propia vida. Lo que hace que cada instante, incluso el más efímero, esté cargado de significado y positividad es la relación con el Padre. De otra manera, todo se desmorona y vence el sentido del vacío.

Por eso la máxima conveniencia para nosotros es seguir a Jesús. *“Quien me siga tendrá aquí el céntuplo”*. En la compañía de Jesús, la relación verdadera con la realidad puede llegar a ser experiencia estable en nosotros. Con Cristo nada se pierde, porque Cristo nos permite entrar en una familiaridad con el Padre. Cada circunstancia es susceptible de ser portadora de la novedad que Cristo ha introducido en el mundo. Para que esto ocurra no es bastante con nuestro esfuerzo. No es nuestro esfuerzo, sino ser hijos. Jesús nos enseña qué quiere decir ser hijos testimoniando cómo es hijo Él. El camino de la plenitud que Él manifiesta no es el de ser capaces, sino el de ser hijos. Nuestro error es pensar que la diferencia de Jesús consiste en una mayor capacidad que le permitía hacer lo que nosotros no conseguimos hacer, es decir vivir sin ceder a la nada. Pero sin embargo Jesús no cede y no llega a ser árido, no es víctima de la nada, porque vive por el Padre. Esta es su única fuerza. Su diferencia está en ser Hijo. Aquí está toda la diferencia cualitativa de Cristo. Por ejemplo, en la relación con los hijos, qué tranquilidad, qué seguridad, y qué paz se dan cuando opera esta nueva conciencia. Sois libres incluso delante de las respuestas de vuestro hijo. Pero sin embargo, cuando lo que cuentas es nuestra opinión, queremos a toda costa que se pase: dominamos.

Estos son signos muy concretos para verificar si la conciencia nueva generada por Cristo empieza o no a penetrar en nuestras entrañas. Es decir, Él. Que cada vez sea más familiar la conciencia del Padre, de forma que cada uno pueda decir como Jesús: *“Quien me ha mandado está conmigo”*. Ésta es una experiencia que madura con el tiempo. Tal toma de conciencia plasma cada instante, cada gesto, cada mirada, la manera de afrontar todo, paso a paso. ¡Vengo de Dios, no vengo de mi mismo! Jesús nos revela el Misterio como Padre. Él es quien te enseña a decir: Padre nuestro. Acoger instante tras instante la relación de todo con el origen significa acoger la relación de todo con el Padre. La relación con el Padre llena de significado todas las cosas, es finalmente una mirada verdadera. Entonces todo adquiere una densidad, una intensidad única: por fin se afirma el valor del instante, de las relaciones, del trabajo, de la realidad, de las circunstancias, del sufrimiento propio y de los demás. No ha vencido en nosotros la ansiedad, ya no estamos determinados por el éxito de una expresividad nuestra, ya no dominan ni el miedo ni la incertidumbre.

Por lo tanto la experiencia del pecado es literalmente la disminución de la conciencia del Padre, que disminuya la tensión para que esta conciencia suceda. De hecho, el verdadero problema no es sobre todo la falta de energía, de voluntad, de coherencia, sino el olvido, el olvido de la familiaridad con el Padre. De tal manera que todo llega a ser efímero porque le falta la profundidad, el significado. Falta el objetivo adecuado de la acción, de lo que tenemos que hacer. La vida queda reducida a apariencia, es achatada: comer, beber, tener familia, trabajar, el tiempo libre, todo. El valor de las cosas, de hecho, depende del significado que tienen y de la intensidad de la conciencia con las que las vivimos.

La condición: a través del carisma.

Los discípulos fueron introducidos por Jesús en la conciencia de la relación con el Padre. Hoy, nosotros, ¿por quién somos introducidos?

El encuentro de Cristo con nuestra vida, con el que Él ha empezado a ser un acontecimiento real para nosotros, el impacto de Cristo con nuestra vida a partir del cual Él se ha movido hacia nosotros se llama Bautismo. Sin embargo, no hay nada más extraño que el Bautismo en el interés que gobierna nuestra vida. No obstante no hay nada más radicalmente decisivo que este hecho: un hecho tan real que tiene una fecha concreta, ocurre en un momento determinado. Con el Bautismo empezó en nosotros algo irreductiblemente nuevo. Entra en nuestra vida y la cambia, la determina de manera diferente. Empezamos a comprender lo que implica el Bautismo al encontrarnos con una compañía cristiana viva.

¿Qué produce el Bautismo en mí? La persona es incorporada al misterio de la persona de Cristo. La asimilación de Cristo que se realiza en el Bautismo es la resurrección de Cristo que sigue penetrando en la historia, el cuerpo de Cristo resucitado que se acrecienta cada vez más según el ritmo de los tiempos propios del misterio del Padre. Dentro del signo material sucede realmente lo que el signo indica: Cristo se convierte en unidad conmigo. Por eso el Bautismo es el comienzo de una personalidad nueva, de una criatura nueva en el mundo. (cfr. L. Giussani, *Crear Huellas...*, pg. 66...)

Cristo asume al hombre en el Bautismo, lo hace crecer, llegar a ser grande, y hace que en un encuentro experimente la cercanía de una realidad humana diferente, correspondiente, persuasiva, educativa, creativa, que de alguna manera le impacta. Aunque sea por un soplo, sólo por un momento, el hombre reconoce un atractivo, una sugerencia, tiene la intuición de algo más bello, más correspondiente, mejor. Y dice sí. Encontrando una compañía determinada ha percibido el soplo nuevo de una promesa de vida, ha intuido una presencia que corresponde a la espera original del corazón. Por eso es esta, y no otra, la compañía en la que Cristo llega a ser compañero de su vida y se arrima a él en el camino. En esta compañía puede repetir las palabras más grandes, sorprendentes: *"mi alma está unida ti y tu diestra me sostiene"* (Salmo 62).

El cardinal Ratzinger ha dicho que *"la fe es una obediencia de corazón a la forma de enseñanza a la que hemos sido confiados"*. El Espíritu de Dios se puede realizar en su infinita imaginación, en su movilidad y libertad infinitas, en mil carismas, mil maneras en las que Cristo se hace partícipe al hombre. De hecho el carisma representa precisamente la modalidad de tiempo, espacio, carácter, temperamento, la modalidad psicológica, afectiva, intelectual con la cual el Señor llega a ser acontecimiento para mí y, de la misma manera, también para los demás. Por lo tanto el carisma hace viva la Iglesia y está en función de la totalidad de la vida eclesial. Por su naturaleza, en base a su específica identidad, cada carisma está abierto al reconocimiento de todos los demás carismas. Cada una de las modalidades históricas con las cuales el Espíritu pone en relación con el acontecimiento de Cristo es siempre algo concreto, una modalidad específica de tiempo y de espacio, de temperamento y de carácter. Es algo concreto lo que posibilita a la totalidad. La prueba de que un Carisma es verdadero, es que abre a todo, no cierra. Cada carisma está en función de la totalidad de la vida eclesial, es algo concreto que habilita para la totalidad, es una ventana a través de la cual se ve el horizonte completo.

Por lo tanto la cuestión del carisma es decisiva, es el factor que facilita puntualmente la pertenencia a Cristo, la evidencia del acontecimiento presente hoy, en tanto en cuanto que nos mueve.

En esta gran compañía en la que Dios nos ha introducido con su acontecimiento no estamos los mejores hombres. Nosotros no somos mejores que los demás, según nos recuerda muy bien San Pablo en la primera carta a los Corintios: *"y si no, fijaos en vuestra asamblea, hermanos: no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; sino que, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. A Él se debe que vosotros estéis en Cristo Jesús, el cual se ha hecho para nosotros sabiduría de parte de Dios, justicia, santificación y redención. Y así -como está escrito- : el que se gloríe, que se gloríe en el Señor."*

Por lo tanto, cada uno tiene la responsabilidad del carisma encontrado. Cada uno es causa del declinar o del incrementarse del carisma, es un terreno en el que el carisma se desperdicia o da fruto. Oscurecer o disminuir esta responsabilidad quiere decir oscurecer o disminuir la intensidad de la influencia que la historia de nuestro carisma tiene en la Iglesia de Dios y sobre la sociedad.

Existen una identificación personal, una versión personal que da cada uno del carisma al que ha sido llamado y al que pertenece. Inevitablemente, en efecto, cuanto más responsable se vuelve uno, más pasa el carisma por su temperamento, por esa

vocación irreductible a cualquier otra que constituye a su persona. La persona de cada uno de nosotros tiene su concreción: su mentalidad, su temperamento, las circunstancias en que vive y, sobre todo, el movimiento de su libertad. Cada cual, en cada uno de sus actos, en cada jornada, en cada imaginar suyo, en cada propósito suyo, en todo su actuar, debe preocuparse de confrontar sus criterios con la imagen del carisma tal como surgió en los orígenes de la historia común. Esta confrontación es, por consiguiente, la mayor preocupación. De otro modo, el carisma se convierte, en pretexto y excusa para hacer lo que uno quiera; encubre y avala lo que nosotros queramos. Dar la vida por la obra de Otro, no de una manera abstracta, es decir, algo que tiene una referencia precisa, histórica: para nosotros quiere decir que todo lo que hacemos, toda nuestra vida, es para que se incremente el carisma en el que nos ha sido dado participar, que tiene su cronología, una fisonomía que se puede describir, que tiene nombres y apellidos y, en el origen un nombre y apellido.

Por lo tanto tenemos la urgencia de confrontarnos continuamente como reclamo al ideal y como posible corrección para que el carisma no llegue a ser pretexto y excusa para hacer lo que uno quiere.

La confrontación es con la forma histórica que el carisma asume: textos y personas de referencia (Giussani, Crear Huellas... pg105)

¡Qué enorme gracia es pertenecer a este carisma en el que el amor a Cristo es despertado en nosotros y nos permite estar en este mundo, tan complicado a veces, que vive a veces dramáticamente en la nada, ser testimonios de una grandeza y una belleza inimaginables!

Os doy las gracias y sería precioso que en la asamblea de mañana pudieran surgir preguntas.

Don Michele

Gracias. Seguramente mañana

Monseñor Mosciatti

Todas estas cosas las volvemos a encontrar en los textos de referencia que se nos han aconsejado para este retiro, por lo que en “un brillo en los ojos” y también en la Escuela de Comunidad “Crear huellas en la historia del mundo”, encontraréis todas las palabras que pueden ayudar.

Don Michele

La asamblea de mañana es para preguntas y observaciones. Esta nueva modalidad nos pide aún más una responsabilidad personal. Por una parte está que al sugerir el silencio, pueda ser más cuidado cuando pasamos juntos los días de retiro, pero sin embargo ahora cada uno es responsable en su casa y por lo tanto, el modo de vivir estas horas depende de cada uno de nosotros. Siempre nos ha dicho don Giussani -es una de las cosas más bonitas de nuestro carisma y de la Fraternidad San José- para hacer silencio no es suficiente estar solo en casa, sino que el silencio es permitir que Su Presencia domine, que lo que ha comenzado a través de las palabras de Monseñor Mosciatti sido acompañándonos y llegue a ser un punto de confrontación continua durante estas horas. El trabajo personal para preparar la asamblea se nos presenta a todos como posibilidad de pregunta o testimonio. La indicación es que cada uno se prepare como si tuviera que intervenir, porque no es un espectáculo, no es algo donde uno asiste porque los demás lo hacen, sino que es poner en comunión lo que el Señor hace que surja en cada uno de nosotros.